

Heike Freire

Filósofa y colaboradora de Aprendemos juntos de BBVA

El don de la escuela verde

Su reto:

No hay mejor maestra que la naturaleza. Esta es la idea que defiende esta filósofa especializada en educación desde hace 20 años, cuando formuló los principios de la pedagogía verde.

Por I. D. L.

Pregunta. Su abuela le enseñó a amar la naturaleza.

Respuesta. Sí, recuerdo caminar con ella por la montaña, sentir el viento en la cara... El amor a la naturaleza se adquiere a base de mucho contacto y junto con alguien a quien quieres y que también ama el medio ambiente.

P. Se hizo pedagoga a los nueve años.

R. En mi primer colegio no había libros de texto

ni exámenes y teníamos animales y huerto. Con nueve años, me cambiaron a un 'cole' tradicional, estricto, con exámenes y uniformes, donde siempre estábamos vigilados. Enseguida me di cuenta de cuál era mejor.

P. Y cuando tuvo a sus propios hijos, cambió de vida.

R. Trabajaba en una consultoría en París: muchas horas, fines de semana, viajes... Y cuando iba a ser madre, me planteé si quería darles a mis hijos lo mejor que el dinero podía comprar o lo mejor que yo les podía ofrecer. Y me mudé a un pueblo de Cáceres.

P. ¿Cómo es eso de que la pedagogía tiene colores?

R. Todas las pedagogías tienen una conexión con la ideología. Siempre hay un proyecto de sociedad detrás. Por eso, hay pedagogías rojas, azules, negras...

P. ¿Y la verde?

R. Busca acompañar el desarrollo humano a través del contacto con la naturaleza. Existe

una gran fractura entre el mundo natural y el ser humano. La pedagogía verde busca remendar esa fractura.

P. ¿Cómo nos enseña la naturaleza?

R. De tres maneras. Primero, a través del amor incondicional. En la naturaleza nadie nos juzga. Pero también a través del ejemplo: cada animal y planta nos invita a reflexionar. Además, nos enseña a partir del error.

P. ¿Qué quiere decir?

R. Los pequeños accidentes y rasguños nos enseñan los límites del cuerpo. Los niños aprenden autonomía y a gestionar los riesgos.

P. ¿Y cómo influye la naturaleza en la inteligencia emocional?

R. La naturaleza nos relaja porque sus estímulos son suaves. Se sabe que los niños que viven en entornos rurales gestionan mejor las situaciones estresantes, por ejemplo un divorcio o la muerte de un abuelo.

P. Para un niño urbanita, ¿cuál es la 'dosis' recomendable?

R. Entre tres y cuatro horas de juego al aire libre cada día. Pero si la escuela no colabora, eso es muy difícil. Además, cuanto más tecnología tenemos, más naturaleza necesitamos.

P. ¿Qué papel deben tener las pantallas?

R. Son una herramienta, pero hoy la exposición es

excesiva. A lo largo de la historia, el proceso de maduración humana se ha hecho en la naturaleza. Eso no ocurre hoy y por eso hay tantos problemas de inmadurez en los niños, y en los adultos.

P. Propone que el eje de todas las asignaturas sea el medio ambiente. ¿Cómo?

R. Si los niños crearan los currículums, quizá habría una asignatura del cielo y otra de las hormigas. Se puede aprender matemáticas o lengua a través de la naturaleza.

P. ¿Y qué deben hacer los profesores?

R. Que se paseen por el bosque con los niños. Una vez que lo pruebas, no hay vuelta atrás. Y que observen. La educación es escuchar y observar.

P. ¿Cómo les hablamos a los niños del cambio climático?

R. Hay que esperar a que pregunten y luego

darles explicaciones sencillas. Pero pedirles que salven el planeta es una estupidez. Primero hay que permitirles que desarrollen el amor por la vida con el que todos llegamos al mundo. Hay niños que preguntan si las gallinas muerden porque nunca han visto una. Esa falta de contacto provoca lo contrario al amor: el miedo.

P. ¿Descargamos demasiada responsabilidad en ellos?

R. Cuando mi abuelo plantaba un árbol sabía que él no iba a disfrutarlo. Lo hacía para preservar la vida, que siempre ha sido un trabajo de adultos. Pero ahora nos hemos desresponsabilizado. Me encanta Greta Thunberg, pero me siento fatal. Como ella dice, debería poder estar en el colegio. ○

